



ALÉGRENSE en el SEÑOR

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Julio 30, 2021 / Vol. 2, No. 22



Somos llamados a ser hombres y mujeres santos, “santos de la puerta de al lado”.

“Sean ustedes perfectos, como su Padre que está en el cielo es perfecto” (Mateo 5,48)

En su Exhortación Apostólica *GAUDETE ET EXSULTATE, SOBRE EL LLAMADO A LA SANTIDAD EN EL MUNDO DE HOY*, el Papa Francisco llama nuestra atención sobre lo que el Concilio Vaticano Segundo denominó “el llamado universal a la santidad”. Nosotros, los católicos, creemos que cada ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios, y todos nosotros—sin importar quiénes seamos o cuál sea nuestra historia personal, estamos llamados a ser santos.

¿Qué significa ser santo? Según el Catecismo de la Iglesia Católica, “el deseo de Dios está escrito en el corazón humano” (#27). Los seres humanos estamos destinados a buscar a Dios, a encontrarlo y a unirnos con él—tanto aquí en la Tierra como en nuestro hogar celestial.

La santidad es la cualidad de nuestra unión con Dios, la indicación de nuestra cercanía a Él. Las mujeres y los hombres santos están cerca de Dios. Es por eso que los llamamos “santos”, que proviene de la palabra latina *sanctus* o sagrado.

En su encíclica “*Spe Salvi*” (“*Salvados en Esperanza*”), el Papa Emérito Benedicto XVI escribe: “La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que observamos las estrellas que indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente”. Ellas son luces de esperanza, escribe el Santo Padre, porque nos señalan a Jesucristo, “la luz verdadera, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia” (#49).

Los santos brillan con la luz de Cristo. Muchos de los santos han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia a través de un proceso que resulta en la proclamación solemne (canonización) de que practicaron una virtud heroica y vivieron en fidelidad a la gracia de Dios.

Pero durante los últimos 2,000 años, muchas otras mujeres y hombres santos se han entregado de todo corazón a Jesucristo sin ser declarados santos por la Iglesia. Estos son los hombres y mujeres que el Papa Francisco llama “la clase media de la santidad” o “santos de la puerta de al lado”. Estos son los santos que celebramos el 1 de noviembre, la Solemnidad de Todos los Santos.

Todos estamos llamados a la santidad, a la cercanía a Dios, pero desafortunadamente la mayoría de nosotros nos encontramos más lejos de Dios de lo que nos gustaría estar. Es por eso que Cristo nos da los sacramentos—especialmente la Eucaristía y el sacramento de la penitencia—para ayudarnos en nuestras luchas diarias en el camino hacia la santidad. Todos estamos llamados a estar cerca de Dios, pero para muchos de nosotros (¿la mayoría de nosotros?) el viaje es largo y difícil.

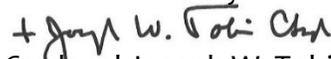
Gracias a Dios; su gracia y misericordia son infinitas. Nuestro Dios amoroso y misericordioso nunca se rinde sobre nosotros. Incluso después de morir, nosotros los cristianos creemos que todavía es posible expiar nuestros pecados, crecer en santidad y acercarnos a Dios. Es por eso que oramos por aquellos que han muerto

También es por eso que la Iglesia celebra la festividad de los Fieles Difuntos el 2 de noviembre. Todos estamos llamados a ser santos—tanto los vivos como los muertos—y la gracia de nuestro Señor Jesús no está confinada a este mundo, sino que puede llegar incluso al estado de ser que llamamos purgatorio, para tocar los corazones de esas “pobres almas” que deben someterse a un proceso de purificación antes de estar completamente unidos con Dios.

Los santos son hombres y mujeres que saben orar, estar cerca de Dios y comunicarse con él desde el corazón. Son personas que en tiempos de dificultad, tanto como en tiempos buenos, elevan sus mentes y corazones al Señor. Los santos buscan la voluntad de Dios en sus vidas. Comparten con él sus esperanzas y frustraciones, su soledad, ira y miedo. A través de su oración, su escucha atenta, incluso más que las palabras que hablan, los hombres y mujeres que llamamos santos están en contacto constante con Dios.

Al recordar a las personas santas—vivas y fallecidas—que sirven como estrellas guiándonos hacia Cristo, oremos por la gracia de dejar que el amor y la misericordia de Dios toquen nuestros corazones y nos acerquen a Él, para que nosotros también podamos ser santos como nuestro Padre Celestial es santo.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Una Selección de *Lumen Gentium*, Capítulo 5, sobre la llamada universal a la santidad

39. La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el Sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado “el único Santo”, amó a la Iglesia como a Su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (Ef 5,25), la unió a Sí como Su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios.

TODOS ESTAMOS LLAMADOS A LA SANTIDAD

Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: “Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación” (1 Te 4, 3; cf. Ef 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad.

JESUS, MODELO DE SANTIDAD

40. El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumidor: “Sean ustedes perfectos, como su Padre que está en el cielo es perfecto” (Mt 5, 48). Envío a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas y a amarse mutuamente como Cristo les amó.

Los seguidores de Cristo, son llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza (2 Pedro 1,4). Y por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El Apóstol les amonesta a vivir “como conviene a los santos”, y que como “elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia”, y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación. Pero como todos caemos en muchas faltas, continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: “Perdónanos nuestras deudas”.

PERFECCIÓN DE ESE AMOR LLAMADO CARIDAD

Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección que empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos.



DIFERENTES VÍAS HACIA LA MISMA META

41. Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad. Siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de Su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios.

(Fuente: www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html)

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan duro para mantener a sus familias, en los enfermos, en las religiosas ancianas que nunca pierden la sonrisa. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, “la clase media de la santidad”.



Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los miembros más humildes de ese pueblo que “participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad”. Pensemos, como nos sugiere Santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: “En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado”.

La santidad es el rostro más bello de la Iglesia. Pero aun fuera de la Iglesia Católica y en ámbitos muy diferentes, el Espíritu Santo suscita “signos de su presencia, que ayudan a los discípulos de Cristo”. Por otra parte, San Juan Pablo II nos recordó que “el testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de la sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes”. En la hermosa conmemoración ecuménica que él quiso celebrar en el Coliseo, durante el Jubileo del año 2000, sostuvo que los mártires son “una herencia que habla con una voz más fuerte que la de los factores de división”.

(Una selección de la Exhortación Apostólica del Papa Francisco *GAUDETE ET EXULTATE*, SOBRE EL LLAMADO A LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL)

Mi Oración para Ustedes

Santo Dios, Padre, Hijo y Espíritu, nos llamas a cada uno de nosotros a participar en tu Vida Divina. Ayúdanos a esforzarnos por alcanzar la perfección sin pensar nunca que podamos alcanzar esta gran meta sin Tu gracia. Elevamos esta oración confiados en que permaneces siempre cerca de nosotros y que estás listo en todo momento para ayudarnos en nuestro crecimiento hacia la santidad de la vida. Amén.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

